AÑO VIII. 1.° DE ABRIL DE 1876. NÚM. 7.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.° y 15 de cada mes.

DIALOGOS.

Continuacion. (1)

XIII.

La comunicacion de los espíritus errantes con los hombres, es una verdad que no admite la menor duda. Todos los pueblos y en todas épocas se han recibido manifestaciones tangibles, videntes auditivas y de otros muchos y variados géneros, que si bien han pasado desapercibidas para la mayor parte de los hombres, algunos las han visto con terror y otros se han negado á darles crédito llevados de una injustificada pretension sobre su supuesta ó arrogada autoridad religiosa y científica.

Dejando á un lado los oráculos emanados de las pitias de Delfos, de las sacerdotisas de Dodona, de la ninfa Egeria, de la *vacias* ó druidesas etc., de cuyas inspiraciones no podemos ciertamente responder, la historia antigua y los hechos modernos nos testimonian de una manera irrecusable la verdad de las comunicaciones de ultratumba.

Sócrates, Moisés y los profetas del judaismo, Jesus y los apóstoles del critianismo, las multiplicadas manifestaciones referidas por De la Bissachere, Josefo, Lucanio, Tertuliano, San Agustin,

(1) Véase el número correspondiente al 1.° de Marzo.

el P. Bouchet, Ciceron, Valerio Máximo, Celio, Herodoto y otros célebres historiadores citados por D'Orient; y por último, los fenómenos magnéticos y medianímicos del Espiritismo, prueban hasta la evidencia la ley natural de las relaciones entre los vivos y os muertos, relaciones que cada un dia se estrechan más y más, á las que ya no se atreve el fanatismo religioso calificar de imposturas ó delirios de imaginaciones calenturientas, y las corporaciones sábias de todas las naciones se aprestan á estudiar para asignarles en la ciencia el puesto que por legítimo derecho les corresponde.

—Ante los hechos, querido amigo, son impotentes todos los razonamientos. ¿De qué sirve, pues, que unos cuantos ignorantes de la cosa y otros tantos egoistas interesados en que el error se prolongue, traten de esforzarse en negar la comunicacion de los espíritus, ó en presentarla como hecho *sobrenatural* (¡!) y asignarle por causa el ridículo poder de un ente tan ilusorio como absurdo, ideas que solo caben ya en cerebros vacíos de sensatez y de cordura?.... Los fenómenos se producen en todas partes con simultaneidad y en todas las esferas sociales, dando con ello el mas solemne mentís á los incautos negadores, y patentizando la ignorancia de los pretendidos sábios que en su desmedido orgullo creen poseer la ciencia universal.

Respecto á tan importante asunto, dice Mr. Figuier que la comunicacion efectivamente existe, y que la acepta entre los séres *encarnados en un cuerpo nuevo que viven en las llanuras del espacio, y los habitantes de la Tierra, á pesar de la inmensa distancia que les separa*.

Para esplicar dicho fenómeno, dice el célebre autor de la filosofía *solariega*. «Nos parece que dicha comunicacion tiene lugar sobre todo durante el estado de sueño, y por el intermediario del *soñar* es por donde la misma se establece.» Para esto se funda en que la independencia relativa de que goza el alma mientras el cuerpo duerme, le acerca algun tanto al estado de las que se encuentran en absoluta libertad estableciéndose por consecuencia mayor afinidad natural entre ambas. Y le asegura aún más en su opinion la máxima vulgar de que *la noche presta consejo*, porque segun él, dicho concepto no significa otra cosa que la recepcion de las comunicaciones secretas y saludables consejos que los séres extra-humanos inspiran á los hombres.

No pretende que en absoluto sea ese el único medio de comunicacion, pero solo determina otro que consiste en «sentir una dulce y ligera impresion, una especie de impulso misterioso y vago que escita en nuestro espíritu una resolucion imprevista, una inspiracion súbita, una sugestion inesperada, que debe ser la comunicacion inspirativa, y que asegura no ser aptos todos los hombres para recibir esas misteriosas impresiones.» Añade, muy formalmente, que «el ser sobre-humano *no puede* manifestarse nada mas que á aquellos á quienes ama y desea proteger; pero á condicion expresa de que han de dedicarles estos *el culto del recuerdo y ser criaturas verdaderamente nobles y puras*, pues de lo contrario se encontrarán privados de tales comunicaciones.»

Continúa inmediatamente *asegurando* que, «existe en nuestros corazones una fuerza moral que ninguna filosofía ha podido esplicar ni ninguna ciencia analizar, que es á lo que se llama *conciencia*.» Y, elevándose, tal vez por inspiracion, á mayor altura que todas las ciencias y filosofías antiguas y modernas se han encono trado y encuentran, analiza, define y esplica la *conciencia* de esta manera: «La conciencia es una luz sagrada que brilla á nuestro alrededor sin que nada pueda jamás sofocarla, ofuscarla ni apagarla, y que tiene el poder de iluminarnos con certeza en todas las ocasiones de la vida. La conciencia es verdaderamente infalible. A pesar de todo, á despecho de nuestros intereses aparentes ó reales, en todo tiempo y lugar, hablando al grande como al pequeño, al poderoso como al débil, nos hace siempre discernir el bien del mal, y la via honrada y justa de la perversa via.» (1)

En primer lugar es necesario convenir en que Mr. Figuier ha atendido mas á la idea de publicar un libro que á la de fundar una filosofía. Hé ahí, pues, esplicada la causa principal de la falta de razonamientos y de la carencia de lógica en sus particulares y gratuitos asertos. Si una filosofía fuese solo la opinion, el capricho, la estravagancia de un hombre, poco digna de consideracion y estudio seria entonces la filosofía, y en el siglo de positivismo á que afortunadamente asistimos, se necesitan algo más que afirmaciones, algo más que conjeturas.

—Tienes razon, y es bien seguro que si la comunicacion de los

(1) *Le lendemain de la mort*, cap. X.

espíritus no tuviese otras esplicaciones y demostracion que las espuestas por Figuier, ni yo la aceptaría ni nadie en mi concepto se atreveria á proclamarla por verdadera. El sueño y la inspiracion, son, en verdad, poca cosa para evidenciarse la influencia de los séres libres en los encarnados. ¡A cuántas equivocaciones daria lugar semejante comunicacion!

—A eso precisamente iba á referirme; porque si bien por medio de la relativa independencia de que el espíritu disfruta durante el sueño del cuerpo, y por la abstraccion y reconcentracion subjetiva en el estado de vigilia se facilitan las relaciones espirituales y se comunican los espíritus, siempre queda la prudente duda sobre el verdadero origen de las nuevas impresiones que nos afectan una vez vueltos á la vida social de relacion. En efecto, ¿no pudiera atribuirse al espíritu propio la satisfaccion, el disgusto, y hasta las inesperadas resoluciones que se sienten y se adoptan al despertar de ambos estados?... Yo creo que sí, y aún admito que muchas veces obedece á reflexiones y determinaciones propias y exclusivas, resultado inmediato de la mayor facilidad en discurrir, en comprender y hasta en conjeturar, que el espíritu posee por encontrarse más independiente de la materia y consecuentemente más libre de sujestiones y de preocupaciones. Por esto existe la costumbre de decir, cuando de resolver algun asunto trascendental se trata, «*lo consultaré con la almohada,*» queriendo significar que el silencio, el reposo y la oscuridad en que se encuentra el hombre cuando se dispone al descanso, la suspension de percepciones y manifestaciones objetivas, la falta de relaciones esteriores, pone al espíritu en condiciones favorables para reconcentrar toda su potencia intelectual en un solo y determinado punto.

La comunicacion inspirativa es evidente; pero como tú mismo sabes y has presenciado, existen otras aptitudes humanas y medios espirituales para realizar la comunicacion de las almas errantes con las humanizadas. Sin duda no ha tenido ocasion Mr. Figuier, de conocer otra mediumnidad que la citada, ni interés decidido en buscar y profundizar esta cuestion.

Conjeturas serán, pues, las que hagamos para esplicarnos algunos de esos hechos maravillosos; pero conjeturas razonables que no podrán ser refutadas por ningun espíritu de sistema.

La evidencia del fenómeno, existe en el fenómeno mismo. Lo que debemos esforzarnos en penetrar son las causas de su produc-

cion en los diversos variantes en que se nos presenta. Para ello debemos partir de lo ya supuesto esplicado.

Sabemos que el espíritu inteligente cuenta con el poderoso agente de la voluntad, y con el motor de su flúido envolvente llamado periespíritu.

Con el primero, obra por actividad propia produciendo accion sobre el segundo; este á su vez la propaga á la sustancia con que se encuentra relacionado, la cual obra sobre la inmediata, y así sucesivamente por una correlacion de efectos propagadores se establece movimiento, ya en un flúido distante por espacio ó por naturaleza, ya en lo que denominamos conjuntos materias ó cuerpos. Tal es, y de la misma manera se produce el movimiento orgánico que determina todo efecto libre del espíritu encarnado. La inteligencia dirige, la voluntad obra, y por el impulso que reciben los intermediarios fluídicos obtiene el resultado de la impulsion nerviosa que propagada á los músculos ponen en accion los miembros.

Y una vez convencidos de las operaciones del espíritu encarnado sobre su organismo sin otros medios para dominarlo que el agente de su voluntad y el motor de su periespíritu, fácilmente se aceptará y comprenderá la posibilidad de accion del espíritu errante sobre la esencia y la sustancia estraña, conservando, como conserva en tal estado, esos mismos elementos.

—Efectivamente, la base no puede ser mas sólida, racional ni sencilla, amigo mio, y ya vislumbro las lógicas consecuencias que de ella se pueden deducir. Si un espíritu puede *con sus propios elementos* producir el resultado de manejar la sustancia con que en los mundos se relaciona, ¿por qué en los espacios, *con esos mismos elementos*, ha de verse privado de poder manejar la esencia con que pretenda relacionarse?... Porque no está sintetizado con ella?..... La misma relacion de contacto é influencia existe en el sér humano con todo lo que le rodea en los mundos, que en el ser extrahumano con lo que le rodea en los espacios. El hombre es una síntesis de tres elementos; espíritu, periespíritu y materia, y en el alma se encuentran sintetizados dos; periespíritu y espíritu. Y esta notable diferencia solo determina una notable desventaja en libertad y en accion del modo orgánico al estado errante.

En efecto: el término tercero de la primera faz espuesta, ó sea el cuerpo en el espíritu encarnado, gasta una considerable parte

del agente para hacerle obrar manifestativa y convenientemente, y otra, mayor aún del motor, con el fin de atender á su constante actividad vital. Constituido en esta forma para el aprendizaje de la accion y el desarrollo de la potencia, necesita elementos propios de que disponer y sobre que obrar; y toda esa fuerza empleada sobre sí mismo queda anulada por consecuencia para la accion sobre lo que es estraño á su individualidad.

No sucede así en la existencia errante: siendo el alma la union de dos potencias poderosas, una (la voluntad) de accion sobre la otra (el flúido individualizador); la primera agente moral sobre la esencia, y la segunda agente extra-físico sobre los agentes físicos que dominan automáticamente la sustancia; careciendo además dicho sér de elemento propio que natural y forzosamente reclame su atencion directa, se encuentra libre para ejercer todo el poder que por desarrollo ha adquirido en la primera faz, y del que ya dispone, pudiendo aplicarlo entero á cuanto le es estraño y le rodea.

La accion del espíritu sobre la esencia en sus diversos estados, es un fenómeno natural que no puede ser formalmente rechazado por nadie.

Pues bien: el flúido universal, siendo la esencia de cuanto constituye la naturaleza, contiene en sí los gérmenes cósmicos de todo lo que en ella puede formarse ó producirse; partículas dinámicas de diferentes grados de potencia, de diversos modos de accion, de variadas tendencias afinitivas, ó sean distintas clases de flúidos cuyas combinaciones pueden dar por productos fuerzas, densidades y movimientos en número infinito, mundos de todas clases, condiciones y aspectos. Estos elementos esenciales, conocidos, combinados y dirigidos á un fin son los materiales de que el espíritu dispone para todos los efectos medianímicos que produce y que tanto nos admiran. ¿Se trata de una manifestacion acústica? pues una columna fluídica en que á todas sus partículas se le impriman rápidos movimientos oscilatorios, producirá el sonido. ¿Se desean presentar luminosidades? Trasmítase á las partículas de esa misma columna fluídica un movimiento ondulatorio de adecuada velocidad, y el efecto de óptica impresionará los sentidos. Para los movimientos de objetos, le bastará establecer una série de intermediaciones fluídicas relativamente afinitivas, que trasmitan la impulsion emanada del agente de la voluntad reproduci-

da por el periespiritu, ó sea un cordon magnético trasmisor de la potencia motriz, de donde tambien surgirán atracciones y repulsiones productoras de los fenómenos de aportes, de suspension aumento y disminucion aparentes del peso delos cuerpos. La confeccion de un objeto cualquiera, así como el hecho de la tangibilidad, se comprende fácilmente por la acumulacion cósmica, atómica y molecular emanante de un grado cualquiera de condensacion fluídica, etc. etc. etc.

En una palabra, el espiritu errante posee medios propios de inteligencia y potencia, y elementos estraños de sustancias que domina, modifica y modela á su voluntad.

—El célebre autor de «*Despues de la muerte*,» define á los espiritista por «los partidarios de una supersticion nueva nacida en América y Europa, hácia el año de 1855 á consecuencia de la enfermedad moral de las *mesas giratorias*;» y continúa manifestando que, «esas pobres gentes (los espiritistas) creen poder á su voluntad y á su capricho, hacer descender á la tierra las almas de los difuntos.... etc.» (1)

A los médiums los vé «sometidos á la influencia de una alucinacion que les es habitual y de la que no tienen conciencia, y sus comunicaciones no son otra cosa que el producto de sus *pobres cabezas*, creyendo de *buena fé* trasmitir las respuestas venidas de los séres evocados.»

—Mr. Figuier dice lo que sabe en este particular, como lo hace en otros muchos: ¿y qué mas se pudiera exijir?... Desconoce por completo el magnetismo vital y la comunicacion de ultratumba, y si bien el ignorar una cosa no es, en buena lógica, razon para negarla, al menos presta motivo para motejar á los imprudentes atrevidos que sin la competente autorizacion de los sábios, han investigado mucho más de lo que debian. Por lo demás, es digna de elogio la *benevolencia* con que trata á los médiums suponiendo *creen de buena fé* ser producciones estrañas lo que solo es producto de sus *pobres cabezas*, y debemos por ello estarle muy agradecidos.

Cuando Mr. Figuier vea algo de lo muchisimo que aún no ha visto, sabrá un poco más de lo que de Espiritismo y mediumnidad sabe; y entónces, se avergonzará de su atrevimiento en emitir

(1) *Le lendemain de la mort*, cap. X, pág. 187.

asertóricamente juicios gratuitos, y se retractará de su inconveniente definicion y de sus inexactas conjeturas.

—Lástima grande es, que hombres de la talla científica de Mr. Figuier desciendan hasta la ignorante vulgaridad en sus apreciaciones. Afortunadamente no sucede lo mismo con todos los hombres notables. William Crookes, célebre químico inglés, miembro de la sociedad real de Lóndres, ha publicado recientemente un opúsculo con «sus notas,» sobre las investigaciones por él realizadas en el dominio de los fenómenos llamados espiritistas. Despues de afirmar la evidencia de los hechos de, «movimientos de cuerpos pesantes con contacto, pero sin interrupcion mecánica,» «fenómenos de percusion y conjunto de sonidos,» «alteracion del peso de los cuerpos,» «movimientos de sustancias pesadas á una cierta distancia del médium,» «elevacion en el aire de las mesas y sillas sin el contacto de ninguna persona,» «elevacion en el espacio de cuerpos humanos,» «movimientos de diversos cuerpos de poco volúmen sin el contacto de nadie,» «apariciones luminosas,» «apariciones de manos luminosas por ellas mismas, ó visibles por la ayuda de la luz,» «escritura directa,» «fantasmas, formas, figuras,» «diferentes hechos probando la intervencion de una inteligencia exterior,» y, «otros de un carácter mixto,» de todos los cuales ha sido testigo ocular, cita las teorias expuestas á propósito de los referidos fenómenos, y como primera, la de que estos «son todos el resultado de astutos ardides, de sábias combinaciones mecánicas ó movimientos habilmente combinados: que los médiums son unos mpostores, y el resto de la sociedad se compone de locos;» teoria que Mr. Figuier ha modificado algun tanto, puesto que segun él locos son tambien los médiums.

A propósito de semejante teoria, la que en verdad no puede haber surgido de la experiencia de una prudente y sostenida observacion, dice W. Crookes: «Ciertamente esta teoria no puede aplicarse más que á un muy reducido número de hechos observados. Quiero admitir que haya personas capaces de hacerse llamar médiums, para abusar groseramente del atractivo que tiene para el público el Espiritismo, con el objeto de llenar su bolsillo de oro ganado con facilidad; que otros no llevando este género de interés, engañen igualmente con el fin de adquirirse un nombre. Yo he sido testigo de tales imposturas, y si unos las presentaban muy ingeniosamente, en otros eran visibles y fáciles de desenmascarar.

Quien haya presenciado un verdadero fenómeno no puede dudar un instante. Un observador concienzudo, que al empezar sus investigaciones tropieza con semejantes engañifas, se desilusiona, y emite naturalmente su opinion ya en privado ó por medio de la publicidad, para deshonrar é infamar con igual reprobacion, á todos los médiums en general.

Sucede con frecuencia que de muchos médiums, los primeros fenómenos que se obtienen se limitan á simples movimientos y á débiles é interrumpidos golpes debajo de sus manos y sus piés; estos efectos son, ciertamente, muy fáciles de imitar por el médium ó por cualquiera de los circunstantes, y si, como amenudo acontece, no se obtiene ninguna otra cosa durante la sesion, el observador escéptico se retira convencido de que la superioridad de su inteligencia ha podido asustar al médium que temiendo se descubrieran sus supercherias, no se atrevió á exponer otro género de artificios en su presencia; y para desenmascarar lo que supone una impostura escribe en los periódicos acompañando su relato de frases compasivas inspiradas por el espectáculo altamente triste, de que personas inteligentes se dejen engañar con ayuda de medios de los cuales reconoce todo el mérito.

Existe, sin embargo, una notable diferencia entre los juegos de los escamoteadores de profesion, rodeados de sus aparatos, ayudados por una porcion de asistentes invisibles, que operan en su casa, y los fenómenos obtenidos por Mr. Home. Estos fenómenos han tenido lugar á la luz del dia, en una habitacion particular ocupada por los individuos de la cada hasta principiar la sesion. Yo me encontraba rodeado de amigos incapaces de trotejer una supercheria, y que vigilaban atentos todas las cosas.

Además, Mr. Home ha sido amenudo objeto de un minucioso exámen antes y despues de las sesiones: él mismo ha solicitado siempre que se proceda en esta forma.

Durante la produccion de los más notables fenómenos he tenido frecuentemente cojidas sus manos, y colocados mis piés sobre los suyos: jamás he propuesto una medida de precaucion ni indicado una modificacion propia á evitar la más mínima supercheria posible, sin que haya consentido en ello, buscando él mismo adecuados medios para entablar séria controversia. Hablo principalmente de M. Home, porque su facultad es mas estensa que la de otros médiums con quienes tambien he hecho experimentos:

con todos he adoptado las precauciones necesarias para excluir la supercheria de la nomenclatura de las esplicaciones posibles.

Es necesario tener presente, no solo que una esplicacion deja de ser válida cuando no satisfaga todas las condiciones del problema, sino tambien que es ilógico, por parte de quien solo ha visto algunos fenómenos inferiores el decir: «mi opinion es, que todo eso no es más que una farsa;» ó bien, «yo he sorprendido la manera cómo esos juegos pueden realizarse.»

¿Conocerá Mr. Figuier estas declaraciones?... Sin duda las ignora, como tambien la autorizada opinion de su eminente compatriota Victor Hugo, quien en su célebre obra acerca Shakespeare, y criticando á los hombres científicos que se mofan de los fenómenos espiritistas, dice: «La mision de la ciencia, es estudiar é investigar todas las cosas, y no menospreciarlas sin conocerlas.»

(*Se continuará*). M. GONZALEZ.

LA MORAL EN EL TRABAJO.

I.

La inercia, la pereza, son propiedad de la materia, representantes del statu quo, del quietismo, del reposo, de la inaccion y del estacionamiento.

La materia densa protesta siempre por una ley de su naturaleza contra el desarrollo de fuerzas que la obligan, á su pesar, á un trabajo; y tiende constantemente á permanecer en reposo, solicitada por la fuerza pasiva llamada de inercia, contrarestada y aniquilada por la resistencia de otra materia sobre la cual yace.

Pero el espíritu, cuyo destino esencial es el ascenso por medio de la actividad, posee una fuerza inicial que llamamos voluntad, cuyo crecimiento indefinido (1) está en razon directa del ejercicio

(1) Los materialistas no tienen por qué inquietarse mucho en este punto: porque opinando ellos que todo concluye para el hombre, cuando desaparece de la tierra, es inútil que se molesten demasiado para adquirir, por el trabajo, un caudal de conocimientos y fuerzas que han de perder en absoluto—puesto que así lo quieren—á la hora de su muerte.

de su actividad, y este ejercicio de fuerza espiritual, que conocemos bajo el nombre de *fuerza de voluntad*, resistencia que ésta le opone, y obligándola á la actividad material, sin la cual no le es dado al espíritu del hombre conocer las leyes que rigen en el universo, ni obrar sobre las producciones que la creacion le ofrece para su propia conservacion y crecimiento de los atributos de su espíritu, ni aún influir tampoco sobre el espíritu de los otros hombres.

Esta verdad es tan patente y palmaria, que no hay más que hacer para demostrarla que ver que aquel que no ejercita la fuerza de la inteligencia ó de los músculos, salvas las funciones fisiológicas, podemos asegurar de él que no existe, ó que su existencia es latente y nula, como la del elemento del fuego en el fósforo cuando no sufre rozamiento alguno.

Es, pues, ley esencial del espíritu el trabajo á través de la materia, y de esta ley general, único elemento de progreso, no se exime nada ni nadie.

De la voluntad del hombre pende el que su trabajo sea más ó menos frecuente y esforzado; pero la negacion absoluta le es imposible. Si fuera posible la negacion absoluta del espíritu al trabajo, la pena eterna llegaria para él á ser una verdad. Pero no: creado el espíritu con una inclinacion esencial é invencible á la felicidad, lo que puede suceder, y lo que sucede con frecuencia por desgracia, es que el hombre tantea una y otra vez, una y otra encarnacion, para ver si puede lograr la felicidad sin trabajar y sin pena; y cuando á fuerza de desengaños penosisimos se convence de que el trabajo y el sufrimiento son leyes ineludibles para alcanzar la felicidad, entonces entra de pleno á llenar su destino en la ley.

Reconocido el trabajo como ley divina ineludible, veamos en qué condiciones se ha de presentar para satisfacer á las leyes de moralidad ó de conciencia que son igualmente divinas.

II.

Trabaja el agricultor.
Trabaja el industrial.
Trabaja el comerciante.
Trabaja el hombre de letras.

Y el mismo Dios trabaja tambien como Creador, Iniciador y complemento de todo trabajo.

Pero el trabajo de Dios no puede ser penoso, porque siendo por esencia de toda eternidad su voluntad la fuerza infinitamente poderosa, los obstáculos todos que se oponen al cumplimiento de esa voluntad absoluta le ofrecen menores resistencias que las que ofrecerian todas las compuestas que los hombres opusieran para impedir las libres corrientes de los vientos generales, ó las crecientes de las mareas en medio del Océano, ó la difusion de la luz solar en nuestra atmósfera ó el cumplimiento de la ley de mortalidad entre los hombres!

Asi tambien el trabajo del hombre es de cada vez menos penoso á medida que lo ejercita y á medida que conoce las leyes de la materia y que la obliga, por medio del estudio, á producir más y mejor con menores esfuerzos y medios más fáciles.

El trabajo así considerado bien claro está que no puede ni debe llenar toda la vida del hombre. Esta se comparte entre el trabajo, la distraccion y el sufrimiento; y si este viene á nuestro encuentro sin que tengamos necesidad de ir á buscarlo; no así los otros dos elementos que necesitamos provocarlos nosotros mismos.

Debemos, pues, buscar en primer lugar y ejecutar el trabajo con economía de nuestras fuerzas, ni más ni ménos que lo que estas puedan dar de sí, conservando el funcionamiento natural del organismo, bien que desgastándose, como no puede dejar de suceder, por el uso, que tal es su destino. La prudencia y la conciencia leal deben ser los reguladores en este punto.

III.

La base moral de todo trabajo debe ser la fé.

Para que el trabajo sea ejecutado por los hombres con lealtad, los esfuerzos prudenciales que da de si su naturaleza, con el recto fin de progresar y hacer progresar á los demás, con el de ser útil á si mismo, á la familia y á la sociedad: para que el trabajo sea ejecutado en la ley, es preciso remontar nuestro vuelo á la esfera de la conciencia, á las regiones de lo trasparente, al infinito campo del espacio: es necesario tener conviccion profunda, tener fé, tener creencia de que todos nuestros trabajos, reflejando

las intenciones con que se ejecutan, quedan vaciados en moldes de luz etérea, y toman formas y vecindad en el mundo de los espiritus, ante los cuales están patentes con mayor claridad, que los objetos materiales de nuestro planeta—de los cuales solo vemos la media superficie de frente—lo están á nuestra vista.

Partiendo de este supuesto, el jornalero que no ha dado al propietario las horas de trabajo que este le paga, ó que en ellas no ha puesto el pleno de su inteligencia y sus fuerzas para la perfeccion de la obra, sabe que su trabajo queda juzgado en el acto, y que ha de llegar un tiempo en que el fallo de justicia infalible que reflejan en sí los hechos, colocados en el espejismo del Éter, ha de ser reconocido y despreciado por su propia conciencia, desprendida de la carne. Sabe que el dolor vivísimo de haber perdido el tiempo de su encarnacion y haber causado desarreglos y perjuicios á los hombres, le ha de sumir en un océano de sufrimientos, proporcionados en intensidad y duracion á los daños causados y al tiempo perdido. Sabe que despues, por una ley ineludible queda sujeto á la reparacion de daños ó compensacion con servicios, que le rehabiliten, en nuevas encarnaciones. Sabe que pudiendo y debiendo haber labrado su dicha, ha elaborado su desgracia, y desgracia tal, que por lo incesante é intensa puede decirse de ella, que es el ciento por uno de la ley, relativamente al descanso molecular que le procuró la supresion del trabajo que dejó de practicar, ó los placeres y beneficios efímeros que obtuvo fuera de la ley.

Y estas mismas consideraciones pueden aplicarse á sí mismo, el industrial que adultera los productos de su fábrica; el comerciante; que los vende como lejitimos, sabiendo que están adulterados, el empleado que solo llena las funciones de tal estampando su firma para el cobro en la nómina mensual; el jefe de taller que abusando de la posicion desvalida de los operarios, los obliga á un trabajo escesivo que vé ó debe ver que les perjudica la salud; el escritor y el orador que sabe ó siente una cosa, y escribe ó dice otra diferente y á veces contraria; y el rico heredero tambien á quien las necesidades de la vida no obligan al trabajo, debe tener en cuenta, que siendo este ley universal de conciencia, el cumplimiento de ella es más meritorio, cuando nos sujetamos sin otro móvil que el de realizar nuestro destino. Todos en fin, los que dejan de trabajar, teniendo aptitud y fuerzas, y los que tra-

bajan fuera de la ley, tengan presente, si quieren, que no hay progreso hácia Dios, sino por el trabajo, que al par que progreso es virtud.

IV.

Creeis esto, lectores?

Creeis que la vida del espíritu es continuada y eterna: que en ella no hay más que un eslabonado de causas y efectos, y que estos son siempre de la misma naturaleza que las causas?

Creeis que la ley no se puede equivocar; que el agua no puede correr natural contra la pendiente?

Que el que no se toma el trabajo de sembrar simiente alguna en un campo, no debe esperar que este le produzca frutos que no se sembraron?

Creeis que el que siembra zizaña, pueda presentarse cuerdamente á recoger trigo, procedente de la zizaña que sembró?

. . . .

. . . .

Pues si teneis creencias, queridos lectores, no teneis cuidado más que la mitad del camino: que es como si no tuviérais nada. La otra mitad, que es la que más importa, y la que os ha de poner á las puertas y al interior de la anhelada pátria de las satisfacciones, es la práctica del trabajo dentro de la ley y de las cerencias.

JUAN MARIN Y CONTRERAS.

INSTRUCCIONES POPULARES.

La moral es la regla de las costumbres; es la ciencia que nos enseña el modo de vivir y obrar. Defínese tambien la ciencia que nos enseña nuestro fin, el fin para el cual hemos sido creados, y los medios de alcanzarlo. Llámasele asimismo la ciencia de nuestros deberes; la que nos enseña á hacer el bien y evitar el mal.

La moral obedece á una ley suprema, cuyo cumplimiento no puede verificarse sino por séres libres. Cuanto más libre, cuanto más instruido es el hombre, mayor responsabilidad tiene en dicho cumplimiento, pues dispone de más medios.

Dentro de la libertad tiene el hombre deberes que cumplir, es-

to es, actos que la razon nos manda ejecutar, y otros que nos prohibe, y eso sin ninguna presion estraña, así como prescindiendo de todo premio ó castigo. Hay pues en nuestras costumbres dos clases de actos: los que obedecen á la ley suprema que hemos de seguir para llegar al fin señalado á nuestro sér, y que llamamos Bien: llámase Mal todo lo contrario.

La Moral individual abarca los deberes para con nosotros mismos.

Desde luego es un deber cuidar nuestro cuerpo, instrumento del espíritu.

Está fuera de la ley, y por consiguiente fuera de las disposiciones del Criador, el martirizarse uno á sí mismo, sufrir voluntariamente algun mal si no ha de redundar en provecho de alguno, y tambien no evitar ó no cuidar las enfermedades que se nos vienen encima.

Así como exponer la vida en beneficio de la pátria ó para sacar al prójimo de un peligro inminente es una virtud que todos reconocemos, así tambien es locura el imponerse castigos ó privaciones con el único y mal acertado fin de agradar á Dios, ó de reparar algun estravío. Dios no ha de quedar satisfecho por que se haya infringido su ley, ni es tampoco de esta manera como puede el pecador redimir sus faltas.

Que es una locura buscar sufrimientos inútiles, de sobra lo tiene probado la esperiencia: sabe todo el mundo que los padecimientos corporales ponen trabas á la voluntad lo mismo que á la inteligencia, y que hasta pueden aniquilarlas.

Por lo tanto, no solamente hemos de procurar no padecer voluntaria ó involuntariamente, si que tambien estamos en la obligacion de buscar los medios para que no se acerque el mal, y se desarrolle el cuerpo, á fin de que pueda prestar mayor servicio á su director el espíritu.

Con este fin hemos de dirigirnos á la higiene natural á lo ménos, ciencia al alcance de todos, que nos señalará el camino por donde encontraremos una virtud llamada *templanza*.

La templanza es la medida de que se debe valer el cuerpo para no tomar sino lo que le es útil ó necesario. Extralimitarse en las necesidades de la naturaleza es violar sus leyes; y el que tal obra, se convierte en su propio verdugo: sabe instintivamente que halagando sus sentidos trabaja en su ruina; si no se detiene, si no

escucha su razon, acaba por desoir hasta la voz de la misma naturaleza, y cae más bajo que la béstia, puesto que entonces ni siquiera sabe hacer uso del instinto. Cuantas veces hemos visto al hombre en semejante estado de embrutecimiento, le hemos mirado con pena, al considerar que aquel sér habia dejado así de pertenecer á la categoría humana, y pasado á la del bruto.

Si reconocemos que es deber nuestro mirar por la salud del cuerpo, con más motivo procuraremos por la conservacion de la vida. El suicidio es pues una infraccion de la ley de la moral.

Cuando estamos padeciendo y no prevemos un alivio ó el término de nuestros dolores; cuando la vejez nos abruma bajo el peso de los achaques, decimos que no somos buenos ya para nada, que no hacemos más que estorbar, y que más valdria dejar de existir. Olvidamos que estamos pasando aquí una vida de pruebas, y que, casi siempre, los padecimientos no son sino el fruto de nuestros estravíos, de nuestras infracciones de la ley; en cuyo caso, por más que nos pese, justo es que paguemos por las faltas cometidas.

Si han venido los males sin inmediata provocacion por parte nuestra, bastará pensar que el Padre, cariñoso, justo y bueno por excelencia, no nos pone en aquel estado por el mero capricho de hacernos sufrir, y que, por consiguiente, todos son castigos merecidos, aunque no podamos darnos cuenta de ello; decimos mal: queda perfectamente aclarada la cuenta al admitir la innegable preexistencia.

Á los padecimientos morales aplícanse tambien las consideraciones expuestas con referencia á los físicos: si nos sucede alguna desgracia, hemos de llevarla con resignacion; y si fuese el resultado de alguna mala accion, procuraremos enmendarnos y reparar en lo posible el daño que hayamos podido hacer.

Confesemos nuestras debilidades, progresemos por medio de la espiacion y de la reparacion, y poco á poco irá acrisolándose nuestra conducta.

Nuestros deberes para con el cuerpo tienen necesariamente relacion con los que se nos prescriben para con el alma. Estos como aquellos, dimanan de la ley, que nos manda adelantar sin trégua hácia la perfeccion.

No pudiendo nosotros dar un paso provechoso sin el libre ejercicio de nuestra voluntad, lo que hemos de hacer desde luego á

favor del alma es conservar y desarrollar dicha facultad. Igual cuidado tomaremos en cuanto á la razon, pues ella es la que dirige nuestra vida é ilustra la conciencia.

No bastan la voluntad y la razon como guias del hombre: este es ante todo y sobre todo un sér sensible, y necesita del sentimiento, del amor, para comprender lo grande, lo hermoso del bien, al cual algunas veces tiene que sacrificar sus intereses, sus placeres y aun sus más tiernas afecciones. Para nuestro adelanto moral, el sentimiento es un imprescindible auxiliar de la razon y de la voluntad. «El sentimiento lo es todo, y por lo mismo está al »alcance de todos. Es más que la ciencia, porque la ciencia la ha»lláreis en los caminos de los impios como en los senderos de los »justos; y es más que el bien obrar, porque tambien los malos ha»cen á veces obras buenas. El que realmente siente, hace, si le es »posible, las obras del sentimiento; y aún cuando, por no serle po»sible, no las haga, ante la ley le son reputadas como hechas é im»putadas á justicia.»

Conocidos los deberes que nuestras facultades requieren, resta saber el modo de llenarlos.

El desarrollo de la voluntad es enteramente obra de la misma voluntad. Consiste en que se haga ella independiente del interés, de la pasion, de los halagos del amor propio, más peligrosos á veces que los de la codicia ó de la sensualidad; y en que uno no vea de superior á ella sino los mandatos de la razon y de la conciencia. Este dominio de la voluntad sobre los impulsos impremeditados del alma y de los sentidos, ó sobre las miras interesadas del egoismo, es lo que se llama génio, carácter: vale más el hombre por su carácter, que por las prendas más relevantes de su inteligencia; pues estas son hasta cierto punto prestadas, mientras el carácter es nosotros mismos, lo que hay de más personal en nosotros.

Mas ¡ay! cuánto tiempo y cuánta vigilancia ejercida de un modo inflexible sobre nuestros pensamientos y actos se necesita para adquirir un grado algo elevado de libertad y de sosiego interior! Consíguese, sin embargo, con más ó ménos tiempo, segun la firmeza de nuestros propósitos.

De nosotros depende tambien el desarrollo de la inteligencia, pues se verifica por medio del estudio, del trato con nuestros semejantes, de la lectura de los buenos libros.

La instruccion que recibimos de los demás tiene que perfeccionarse y completarse por medio de nuestra propia observacion. Cuando comprendemos que vamos á cometer una accion vituperable, y es fácil conocerlo, puesto que de ello nos avisa la conciencia, procuremos ahogarla en gérmen para evitar el trabajo mayor de desarraigarla, si la dejamos tomar pié.

Dirijamos nuestros sentimientos hácia lo bueno, lo bello, hácia el amor y la justicia, hácia el santo ardor de una fé que la razon hará inquebrantable. Entreguémonos á las dulces emociones del desprendimiento, de la caridad, camino el más recto y seguro para llegar á la felicidad que con afan buscamos todos.

Hay para el hombre una obligacion, llamada trabajo, que participa de los deberes inherentes al cuerpo lo mismo que al alma.

El trabajo es un deber absoluto, universal, impuesto á todos los hombres sin escepcion. Nadie podria negar la necesidad del trabajo, puesto que á él debemos cuasi todo lo que sirve para alimentarnos, abrigarnos, protegernos y asegurar nuestrr bienestar, siendo al mismo tiempo un ejercicio útil al desarrollo y conservacion de nuestras fuerzas. No es menos necesario al perfeccionamiento de nuestra alma, ya que sin él no podríamos instruirnos ni proporcionarnos el descanso del espíritu, medios indispensables al cultivo del corazon y de la mente. El hambre, el frio y demás privaciones nos arrebatan hasta el mismo sentimiento de nuestra dignidad moral, máxime cuando son el fruto de la pereza.

La division del trabajo ha creado un sinnúmero de oficios y profesiones que no necesitan iguales aptitudes intelectuales, ni igual grado de fuerza. El hombre no puede emplearse indistintamente en todos. Sus facultades intelectuales ó físicas y su posicion social le habilitan con preferencia para tal ó cual.

Cada uno, en el inmenso taller de la sociedad, elige la tarea que está mas á su alcance, que le parece mas conveniente ó mejor adecuada á sus gustos y aptitudes. Cualquiera que sea, con tal que se la reconozca útil y honrada, hay que cumplirla concienzudamente. No hay profesion, por modesta y humilde que sea, que no se enaltezca por los sentimientos de honradez con que se la desempeña, asi como, por mas brillante que sea, que no se empañe y rebaje por lo vil y rastrero de los sentimientos de aquel que no lo ejerce como debe. Cuanto más vale el hombre, tanto más vale el oficio ó cargo que desempeña: sobre este último recae el apre-

cio y el respeto que ha sabido granjearse la persona.

Es por medio del trabajo como podemos llevar á cabo las demás obligaciones. La actividad, el cuidado, el ahorro y la satisfaccion que trae consigo, son bases sólidas de la moral humana, esto es, del amor al órden y del respeto á las leyes. La ociosidad, llamada madre de todos los vicios, suele ir acompañada del descontento y la insubordinacion.

J. B. C.

(El Buen Sentido.)

LA MORAL EN LA FAMILIA.

Debia ser por los años del 23 al 24, si no recuerdo mal. Yo contaba entonces escasamente nueve años. Mi buen padre acababa de sufrir una penosa enfermedad, que le habia tenido postrado en cama, y se levantó en convalescencia. Estaba en el zaguan de mi casa, sentado ante una mesa mezquina—mi padre era labrador pobre—comiendo algunos hilos de apetitosa carne, que le habia preparado mi madre, por la inapetencia; y me invitaba á participar de aquel escaso alimento. La conversacion, como de contínuo, giraba sobre mis destinos futuros.

—Hijo mio, me decia mi padre, si no hubiera en el mundo más que dos suertes, una buena y otra mala; más que dos destinos, uno feliz y el otro espuesto á todas las penalidades; yo no titubearia un momento en elegir el bueno para tí, y me resignaria decidido á sufrir las fatigas del otro.

¡Oh padre mio! cuando sembrabas en mi temprana edad una semilla buena, tú ignorabas y yo más que tú, que las leyes de Dios la grababan en lámina sutil, adherida á mi embrionario cerebro, con caractéres sin profundidad ni colorido, destinados, al parecer, á perderse en la tenebrosa noche de mi travesia por este planeta, como ha sucedido á innumerables otros hechos, para los cuales no ha llegado aun la hora de la resurreccion.

¿Por qué cambio, por qué misterio, por qué elaboracion viene hoy aquel arranque natural de tu sentimiento paterno á presentarse entre mis sienes, despues de cincuenta años, vivo, dulce, intenso, centuplicado como la llama de la montaña al contacto

de las poderosas corrientes del viento? ¿Por qué irradia ese fuego al corazon, y por qué lo funde en lágrimas santas?

¡Ay! ha sido preciso para que suceda todo esto, ha sido preciso, que un sér queridísimo, un niño de cuatro años y medio, á quien yo no enjendré, pero á quien he tenido en mi casa, como hijo, prodigándole el amor más puro, profundo y desinteresado que jamás he sentido; ha sido preciso que me fuese arrebatado, en el espacio de dos dias, en medio de sufrimientos acerbos, agudísimos de su parte, y de escenas de dolor indescriptible de la mia y de otras personas que le amaban, estrellándose nuestros reiterados esfuerzos para salvarle del poder de una ley ineludible!!!

Entonces y solo entonces, he podido comprender el glorioso amor de padre. Entonces he recordado y tratado de penetrar la intensidad del amor de aquel que anteponia mi felicidad á la suya propia. Entonces y solo entonces he sentido que no se puede vislumbrar el amor de Dios á sus criaturas, sin haber sentido el amor de padre!

Mucho te debo, oh padre, de mi materia; más pude hacer de lo que hice por aliviar tus penas, mientras viviste encarnado entre nosotros: más pude hacer y no lo hice: la conciencia me lo ha dicho y me lo dice; pero presiento que Dios y tú me lo habeis perdonado por la produccion de los hechos que acabo de bosquejar.

¿Y habrá, en presencia de estos hechos, quien se atreva á afirmar que el cumplimiento del deber, que es tanto como la moral práctica, no está íntima y esencialmente relacionada con la religion, y que pende de ella?

¿No he sentido yo que el cumplimiento de un deber de caridad en mí para con ese niño fué quien enjendró los afectos más puros: que estos me hicieron comprender el intenso amor hácia mí, del que me dió nombre en la tierra; y que por esta escala he llegado á vislumbrar, con seguridad, el intensísimo desinteresado amor de Dios hácia sus hijos; y en reciprocidad, el que todos le debemos en la medida de nuestra irradiacion y nuestra fuerza?

¡Oh amantísimo Padre de la vida! Poquísimo puedo, poquísimo sé; pero sé que mis palabras y mis sentimientos en este punto deseo que sean verdad ante Tí, que todo lo sabes, todo lo penetras y lo amas todo. Deseo que lo que falta de intensidad á

mis sentimientos lo complementes Tú, que eres el complemento natural de todas las aspiraciones nobles. . . . .

. . . .

. . . .

Pero separémonos ya, por algunos momentos, de la verdadera vida, de la vida del sentimiento, para penetrar en esa otra vida fria y casi estéril de las palabras, de los escritos, de los libros, de los púlpitos, de las academias, en donde se producen magníficas máximas que no se comprenden ó no se quieren comprender: que no se practican ó no se quieren practicar, sino cuando vienen avivadas por la llama del sentimiento que enjendran los hechos dolorosos de la vida íntima.

Y á pesar de esa desatencion, á pesar de conocer el escaso provecho que produce en las conciencias la lectura de reglas para efectuar la regeneracion del hombre; á pesar de la indiferencia con que se oyen las predicaciones que tienen por objeto apartar á la sociedad de los vicios en que se halla sumergida, de sus ambiciones para obtener mandos solicitados, caudales mal adquiridos, placeres groseros que rebajan su dignidad; á pesar de todas estas fuerzas de inercia, que marcan notoriamente atraso en la generacion presente; á pesar de todo, decimos, nosotros procuraremos no cejar en nuestro propósito de propaganda, escribiendo mientras haya una chispa de luz que ilumine nuestras frentes, predicando mientras haya un hálito propulsor en nuestros pulmones, y echando en la balanza nuestro óbolo, mientras con la ayuda de Dios podamos legitimamente adquirirlo.

Porque si es verdad que estamos convencidos del escaso fruto de nuestros esfuerzos, lo estamos tambien de que cruzándonos de brazos por cansancio ó por despecho, dejamos de llenar un sagrado deber: lo estamos tambien de que las semillas que hoy arrojamos en el campo de las conciencias podrán quedar allí en estado latente hasta que alguna de esas crisis terribles, que tan frecuentes son en las naciones, en las familias y en los indivíduos vengan á darles el calor que necesitan para avivarse, germinar y fructificar: lo estamos tambien de que las ideas fijadas en láminas de papel, que son hoy letra muerta para la mayoría de los «muchos llamados,» podrán ser mañana espíritu vivo para la minoría de los «pocos elegidos.» Y en fin, estamos profundamente convencidos de que tal como es la empresa, larga, penosa y llena

de decepciones, que suministran los indolentes, no hay otro camino legítimo para llevarla adelante que es, el escrito, la palabra y la conducta. Y tenemos fé inquebrantable en que, dado el primer impulso, vendrán tras de nosotros otros hombres más potentes y afortunados que darán cima á la obra de regeneracion y reforma moral del hombre por medio del espiritismo.

II.

Dispénsennos nuestros lectores la escursion que acabamos de hacer en la esfera del sentimiento, que no tan ajena es al punto de moralidad práctica, sobre que nos hemos propuesto escribir. Y concretándonos ahora á ella, vamos para terminar este artículo, á bosquejar á grandes rasgos algunos conceptos sobre los deberes de los padres.

Partimos del principio de que son los padres para con sus hijos los representantes de Dios en la tierra. Y en tal concepto, deben dar á los hijos todo lo que Dios dá á la creacion. No ciertamente en la medida que Dios lo prodiga, porque Dios es infinito, omnipotente, y el hombre hecho, no igual, sino semejante á Dios, no puede dar sino en la medida de sus fuerzas.

III.

Poder, Sabiduría, Amor.

El padre, con su poder, es la egida de los hijos. Por todas partes su ojo previsor vá delante de sus pasos para que no se le atrevan en la infancia, y para que se respete en la debilidad todo el carácter y valor del padre.

Suministra además los recursos para el alimento, hospedaje, vestido y demás necesario al desarrollo y conservacion de la materia.

Pecan contra este deber los que, por atender á sus diversiones, dejan á sus hijos alejados, bajo la vigilancia de ojos mercenarios, ó abandonados á sí mismos en las calles ó en los caminos, sujetos á los percances de la inesperiencia y debilidad. Y los que por holgazanes ó poco diligentes no adquieren para la familia el fruto del trabajo.

Con su sabiduría, con la experiencia de la vida, el padre infiltra reiteradamente por sí en el corazon de sus hijos, por medios proporcionados á su comprension la idea de Dios, Creador, Justo y Bueno.

Se esplica muchas veces el cargo que trae el hombre en su peregrinacion por la tierra de hacer crecer las facultades inteligentes de su alma por medio del estudio y del trabajo, en el órden y en el respeto y obediencia de las leyes establecidas, sin perjuicio de coadyuvar á corregirlas, si há lugar, por procedimientos racionales.

Faltan al cumplimiento de este deber los que abandonan esta instruccion, esclusivamente á los ayos y preceptores, sin cuidarse de hacerlo por sí en la parte prudencialmente posible; ó al menos de examinar prácticamente á sus hijos en la clase de instruccion que reciben de los maestros.

Y faltan tambien los que se revelan por las vías de violencia contra los poderes constituidos, dando así un ejemplo funesto á los hijos.

Con su amor baña el padre la atmósfera en que viven los hijos, para que por todas partes observen estos el trato suave, persuasivo, racional, tolerante dentro de ciertos límites, para todos.

Hace que sus pequeños, con recursos que él le suministra, se vayan acostumbrando prácticamente á tender la mano al menesteroso con amor y dulzura y en el nombre de Dios, y les hace ver en ellos hermanos ante el bondadoso Padre universal. Y principia á inculcarles nociones racionales de la vida futura.

Pecan contra este deber los déspotas intransigentes, que provocan ó sostienen escandalosas escenas dentro del domicilio, con pretestos de agravios y recriminaciones contra la madre de aquellos inocentes, en presencia de ellos.

Y pecan, sobre todo, los que por orgullo hacen nacer en sus hijos ideas de supremacía, privilegio ó dominacion sobre los criados ó cualesquiera otros que les rodean.

JUAN MARIN Y CONTRERAS.

EL JESUITISMO EN MONTORO.

Refiriéndonos un hecho tan inicuo como escandaloso, digno de figurar en los anales de la más osada ignorancia, recibimos varias cartas de Montoro, cuyo general sentido se sintetiza en la siguiente:

«22 de Marzo de 1876.»

«. . . . . Hace dias que venimos atravesando dura prueba los espiritistas de esta localidad. Causan nuestros sufrimientos unos misioneros jesuitas dedicados á infiltrar en los corazones sencillos é inteligencias atrasadas el virus del error, ataviado con el sofisma del escolasticismo, y sobre todo el vernos sometidos, por razones que no ignoran, al más absoluto silencio.

En la mision del dia 17 del actual, el P. Juan Morote, se ocupó, en medio de la plaza pública, del Espiritismo, lanzando por su boca todo el veneno que en su alma se encerraba contra una doctrina que representando al Cristianismo en su más alta conocida pureza científica y moral, invade fabulosamente la tierra y muy pronto unificará la creencia filosófico-religiosa en el mundo ilustrado y pensador, constituyendo un solo aprisco guiado por una misma fé y sostenido por una misma esperanza.

Dicho señor no juzgó oportuno detenerse en exponer su credo ni en refutar sus idéas; solo sí, asertó tan gratuita como calumniosamente, ante el numeroso público que le escuchaba, que sus dogmas eran absurdos, y sus adeptos unos *perdidos*, unos *locos*, *ladrones*, *impíos* y *herejes*, hombres de *taberna* y de *casino*; unos ignorantes que nada sabian, y á quienes desafiaba en todos los terrenos, abrigando la conviccion de que ninguno acudiria á su reto. Aseguró la verdad de la comunicacion, atribuyéndola á ese grotesco *bú* del zoroastrismo prohijado por su espirante escuela, y abundó en vaciedades sobre el asunto, aconsejando por último á todos sus oyentes les negasen á los espiritistas hasta su amistad, pues solo el contacto social con semejantes séres, les propagaba la eterna condenacion.

El jesuita misionero, aprovechando las circunstancias favorables en que se encontraba, se despachó á su gusto. Digo *circunstancias favorables*, por cuanto sin permitida oposicion ni restricciones de ningun género, la imprudencia y la osadia quedaban á sus anchas para predicar la injuria, la calumnia y el error.

Las personas sensatas que acudieron á tan *edificante* espectáculo se retiraron avergonzadas del asqueroso cinismo á que por desgracia es susceptible de descender el fanatismo religioso cuando cuenta con el silencio y con la impunidad: solamente aplaudieron la conducta del orador algunas pobres jentes que faltas de ilustra-

po y sano criterio son siempre dóciles instrumentos para cualquiera que se propone utilizarlas en su provecho.

Pero el elocuente predicador no habia contado con la huéspeda, como vulgarmente se dice, y cuando más tranquilo y satisfecho se encontraba, tal vez saboreando mentalmente su ilusorio triunfo, una comision de espiritistas, nombrada por este círculo al efecto, se le presentó á manifestarle estaba aceptado su imprudente reto, haciéndole al propio tiempo observar la inconveniencia é injusticia de los infamantes calificativos que á los espiritistas habia en su discurso prodigado, y advirtiéndole la imperiosa necesidad de demostrarlos.

Grande fué la sorpresa de que se vió acometido el reverendo, quien creyó salir victorioso del conflicto, *negándose á discutir* bajo pretexto de que «su iglesia no discute sino enseña,» y atribuyendo sus injurias á figurados conceptos cuyo verdadero sentido significaba que los espiritistas eran «unos *perdidos* ó *extraviados* en la fé,» y que lo de *ladrones* solo aludia á «los embaucadores de oficio que en todas las idéas desgraciadamente abundan. Lamentó la torcida interpretacion á sus palabras, y ofreció una aclaracion pública que nos restituyese la consideracion que mereciamos. Esto último lo realizó en el sermon de la tarde, pero de una manera tan embozada, que nadie se apercibió de ello. . . . . .»

Como las actuales disposiciones de imprenta nos vedan escribir en determinado sentido, nos abstenemos de hacer cierto género de comentarios á que se presta, lógicamente procediendo, el hecho referido en la anterior epístola; más no por eso dejaremos pasar en silencio algunas consideraciones que nos sean permitidas dentro del cumplimiento de la ley.

En primer lugar, es altamente insensato y profundamente necio apoyar ni combatir una doctrina con solo la conducta de sus adeptos. El hombre no es la idéa: la creencia es la razon, y la razon se acepta ó se rechaza con la razon misma.

Verdad es que la conducta del hombre debiera ser la aplicacion de su creencia; pero entonces casi todos los hombres serían buenos puesto que la moral de casi todas las filosofías y religiones se fundamenta en los principios universales de amor y caridad.

¡Qué seria de todas las doctrinas si se fueran á juzgar por el comportamiento de sus adeptos, y aun de sus apóstoles!....

En segundo lugar, es altamente inconveniente y profundamen-

te vergonzoso el lanzar un reto público á una escuela filosófica cualquiera, y cuando noble y generosamente es aceptado, escusarse con que «el sistema de la creencia que se profesa no es discutir sino enseñar.» ¿A qué conduce entonces semejante conducta?... A suponer con toda sensatez que solo fué movido el relator á producir efecto ante la sencillez y la ignorancia: á deducir con toda lógica la impotencia de la doctrina que predica para luchar con la doctrina que proscribe: á conjeturar con todo acierto el error de la creencia que defiende y de que se nombra apóstol, ó al menos su insuficiencia para el apostolado que practica.

La verdad es relativa en todo, y por consecuencia todo es discutible, todo es modificable.

La verdad nunca teme al análisis; nunca rehusa la controversia.

Por eso el Espiritismo no se ha proclamado inmutable.

Por eso el Espiritismo tiene lanzado un reto permanente á todas las escuelas.

Por eso los espiritistas de Montoro recogieron el guante que el jesuita misionero les arrojó desde la plaza pública.

En tercer lugar, es altamente imprudente y profundamente sagaz el predicar figuras en insultos, y el proferir insultos en imágenes; sobre todo cuando ante un público desconocido, formado de todos los grados de intelectualidad, comprension, tendencias sentimientos y educaciones, se alude á conocidos y determinados sujetos anatematizando sus creencias, declarándolos *sucios* de alma y cuerpo, y aconsejando á ese tan heterogéneo auditorio les niegue la *patente* de su amistad para no ser tambien inficionado.

Las figuras, las imágenes, las parábolas, deben escatimarse mucho, deben, hasta si se quiere, suprimirse cuando el discurso se dirige al pueblo en general donde por desgracia abunda la sencillez y falta de ilustracion, encontrándose la mayoria en condiciones adecuadas para no poder penetrar el espíritu de la palabra, aceptando las idéas comprensibles tal y como á sus oidos suenan. En cambio, nunca debe faltarse en el discurso á ciertas reglas de retórica, como por ejemplo, *no hablar de aquello que se ignora*, y *expresar los pensamientos con claridad, pureza, elegancia* y DECORO.

En cuarto, y último lugar, es altamente ventajoso y profundamente cómodo, dirijir la palabra al público sin restricciones gubernativas ni cortapisas sociales ni interrupciones discusivas; insultar,

ofender y calumniar impunemente so pretexto de arte de aplicacion de la elocuencia: condenar sin probar: asertar sin demostrar: retar en una plaza y escusar la lucha en una habitacion: ofrecer clara reparacion y simularla oscura, incomprensible etc., etc.

Dicho procedimiento es fácil sumamente, pero..... no entra en nuestra manera de ser el adoptarlo, Nosotros, por el contrario, hablamos y escribimos atacando una idéa, pero dejando ileso al hombre: aceptamos observaciones y controversias; probamos lo que condenamos; demostramos lo que asertamos, y abordamos de frente sin escusas, sin rodeos y sin ridiculos temores las consecuencias de nuestra conducta y la responsabilidad de nuestros actos.

El verdadero cristiano no abusa de ningun género de ventajas sociales, ni dice á su hermano *raca*, ni le juzga para no ser juzgado, porque le teme al juicio que sobre él descenderá y sabe que tiene la viga en su ojo.

Ningun hombre es perfecto cristiano *práctico*, ya lo sabemos; pero el que del cristianismo se donomina apóstol, debe sobrepujar en algo á los demás por su conducta, puesto que la mejor predicacion es el ejemplo.

¡Qué seria de todas las doctrinas, repetimos, si se fuesen á juzgar por el comportamiento de sus adeptos, y aun de sus apóstoles?

Por lo demás, ignoramos cual sea la iglesia á que pertenece el aludido misionero, puesto que al decir que «su iglesia enseña y no discute» no puede referirse á la romana que en su teologia prescribe el deber *polémico*, y desde la má remota antigüedad viene cumpliéndolo. Díganlo si nó S. Justino qué discutió con Triphon. —Rodon con Apeles, sectario de Morcion.—Caius con Proclus, hereje montanista de Roma.—Origenes con el heresiarca Berile, obispo de Bokara en Arabia, sobre la divinidad del verbo.—Archelaus obispo de Caschara, con Manes, jefe de los maniqueos.—Los teólogos en el concilio de Alejandria en 235, con el hereje Ammonias etc., etc.,

No decimos más por hoy, y concluimos perdonando de todo corazon á nuestros calumniadores, como Cristo nos recomienda, porque son espiritus tan desgraciados que ni saben lo que dicen ni lo que hacen.

M. GONZALEZ.

¡¡AYER!!

—

(Á MI MADRE.)

Nada me queda ya de mi pasado:
Solo una pobre tumba poseia,
Y esa el tiempo tambien me la ha quitado.
¡Cuán avaro es el tiempo, madre mia!

El arrebata en nuestra edad temprana
De hermosa juventud las ilusiones,
Y apenas de la vida en la mañana
Lamentamos profundas decepciones.

¡Ay! quién pudiera detener los años
Y hacer eternos los hermosos dias
En que libres de luchas y de engaños
Gozamos de inocentes alegrias....

¡Pobre madre!.... diez años se han cumplido
Que dejastes la tierra por el cielo:
Dios nos manda vivir, y yo he vivido
Sin encontrar á su dolor consuelo.

Solo un triste recuerdo me halagaba
Y en él reconcentraba mi ventura:
En mi suelo natal yo contemplaba
Tu blanca y solitaria sepultura.

Y como el peregrino fatigado
Busca la sombra de gentil palmera,
Así, tambien en tu sepulcro helado
Buscaba la tuya en mi carrera.

Con la brisa que gime en la enramada,
Con el ave que vuela en ráudo giro,
Te mandaba mi mente conturbada
Un ósculo de amor en un suspiro.

¡Pero ay de mí!... ya todo ha terminado:
El plazo se ha cumplido, y tus despojos
En la fosa comun han penetrado
Dó no te podrán hallar mis ojos...

. . . .

El oro es necesario á la existencia
Como á la flor la gota de rocio.
¿De qué sirve al mortal su inteligencia
Ni del dolor el loco desvario?

¿De qué me sirve á mí, madre querida,
Amarte con delirio y con locura,
Si en la impotencia de mi pobre vida
No he podido guardar tu sepultura?

Llanto de fuego en mis pupilas arde,
Mis lábios ruegan con afan profundo;
Pero al hacer de mi martirio alarde
Inmensa tumba me parece el mundo...

. . . .

Ningun acento respondió á mi acento,
Ni mano amiga se apoyó en la mia:
Ni un eco ha repetido mi lamento....
Que hasta el eco enmudece en mi agonia.

. . . .

Estas quejas al viento yo lanzaba
Cuando escuché una voz pura y suave
Que estas sentidas frases murmuraba:
Dios ha querido que tu alma acabe.

No por que tengan tumba los despojos
De la que lloras con afan profundo,
Pero la pueden encontrar tus ojos:
Sígueme; ven, te llevaré á otro mundo.

¡¡HOY!!

Esto escuché yo ayer, cuando ignoraba
La verdad que hoy estudio con anhelo;
Cuando toda mi dicha la ajitaba
En un poco de tierra de este suelo.

¡Pensamiento por Dios, harto mezquino
Que aceptaba el finito de la vida!
¡Qué horizonte! ¡qué fin y qué destino!
¿Y pude yo vivir, sin ser deicida?

¡Ah! no ¡lo fuí! negué desesperada
La existencia del sér Omnipotente;
Y revestí á la SOMBRA de la NADA
Con la locura que guardé en mi mente.

Le di forma y color en mi delirio...
¡Y qué amarga era entonces mi existencia!...
¡Qué lento! ¡qué terrible es el martirio
Que deja tras de si la indiferencia!

. . . .
. . . .

Huyeron para siempre aquellos dias
Que son el punto negro de mi historia;
Y santas y profundas alegrias,
Hoy le piden albergue á mi memoria.

¡Espiritismo! sintesis del TODO
Emanacion de la verdad suprema;
Quisiera definirte de otro modo,
Por que del adelanto eres emblema.

Pero no tengo inspiracion bastante
Para cantar al bien que tu difundes;
Pues eres tú el atleta que triunfante
Al fanatismo en la impotencia hundes.

¡Bien venido! ¡bien haya el mensagero
Que nos viene á decir la *buena nueva!*
Desde que te escuché vivo y espero;
Y mi santa oracion el viento lleva.

Ya no busco en la tierra los despojos
De la que amante me durmió en sus brazos:
La tengo junto á mí, la ven mis ojos.....
Y el flüido siento de sus dulces lazos.

Esto es vivir, engrandecer la vida
Mirando el lema por Jesús escrito:
Que tiene un solo punto de partida,
EL AMOR Y EL PROGRESO ES INFINITO.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid.

ADMINISTRACION.-CORRESPONDENCIA.

A. C. y E., Montoro.—Pagada su suscricion hasta fin de año.
B. F., Id.—Id. id. id.
A. C., Id.—Id. id. hasta fin de Junio próximo.
R. F. F., Linares.—Id. hasta fin de Marzo.
S. L., Alcolea del Pinar.—Id. hasta fin de año.
M. M. P., Córdoba.—Id. hasta fin de Junio.
I. de D., Peñaranda.—Id. hasta fin de año.

B. S., Ciudad-Real.—Recibidos 32 reales, quedando pagada su suscricion hasta fin de año.

J. B., Sabadell.—Recibido importe de cuatro suscriciones por el presente año y se le remitieron los cinco ejemplares de controversias.

J. B., Zaidin.—Recibida la suscricion por el presente año y enviádole el número 13 del pasado.

F. N., Jaen.—Recibidos 24 rs. por el presente año.
J. P. S., Málaga.—Id. id. id.

B. F., Montoro.—Recibidos 66 rs. por su cuenta y la de los otros dos hermanos de esa.

J. M. y O., Molins de Rey.—Recibido el número y remitídole el que pide.

J. de P., Santander.—Recibidos 48 rs.
P. T., Ciudad-Real.—Id. 24 id.

M. GARCIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ARIZA Y RUIZ, ROSARIO NUM. 4.